

The Stable: A Place of Care
December 24, 2024
Christmas Eve Homily

Isaiah 9: 2-7
Luke 2: 1-20
Rev. Anne Schlesinger

Those of you who have been worshipping here the past month know we have been on a “guided journey” taking us more than a thousand miles on our way to the manger and this night of celebration. You can see the sign and the markers along the way.

In Rome, Caesar Augustus issued a decree for a census that sent people to return to their ancestral towns. On the first Sunday of Advent, we recognized that many things are out of our immediate control. We asked ourselves whether we are placing all our hope in the empires of the world, or in the ways we can be God’s presence in our communities, making life better one person at a time. We contemplated what we are longing for in this world. What do we hope for?

On the second Sunday of Advent, the next stop on our journey was Jerusalem, the City of Peace. The temple in Jerusalem is the place where Zechariah found out that he and Elizabeth were going to be blessed by baby named John, who would grow to be a Nazarite and herald God’s arrival, kindling devout faith among people. Jerusalem thus became a place of waiting. The people of the Middle East desperately need peace, still today, just as the people did in Jesus’ day. Truly, we all need peace in our communities and families as well as inner peace. That, my friends, can sometimes be hard to find. But we wait for peace. Waiting itself can be a good thing if we can take the time to slow down and listen for what our hearts truly want and need. When we do, we can find peace even in the waiting.

On the third Sunday of Advent, we moved north to Nazareth, where the angel Gabriel showed up to tell Mary, “You have found favor with God. And now, you will conceive in your womb and bear a son, and you will name him Jesus. He will be great and will be called the Son of the Most High, and the Lord God will give to him the throne of his ancestor David. He will reign over the house of Jacob forever, and of his kingdom there will be no end.” The message of Nazareth is that good things can come from the simplest of places. Life can be complicated, and we even make it more complicated sometimes as we worry about things that might not matter so much in the end. We wondered “What joy can we glean from the simplest of moments, the simplest of gifts, allowing ourselves to savor life, which is always pregnant with God’s possibilities?”

Last Sunday we arrived in Bethlehem where Joseph was to be registered. We heard “While they were there, the time came for Mary to deliver her child. And she gave birth to her firstborn son and wrapped him in bands of cloth and laid him in a manger, because there was no place in the guest room.” In Bethlehem we focussed on the gift of love. The love in the story of the birth of Jesus is a humble love about humble people and humble dwelling. The message of Bethlehem is that no matter how humble our circumstances, love is our birthright and our greatest gift.

Tonight our journey continues. While still in Bethlehem, we seek out a place inside, out of the cold where we listen for the labor sounds of a mother, the encouragement of a father, and finally the cry of a baby. We enter a messy, unassuming place, where the promise of hope, peace, joy, and love combine in one tightly-swaddled infant. Like every baby, this extraordinary child needed everything done for him. Jesus arrived as a tiny

child needing care, and as he matured, he taught us all to care for each other and for the creation. Tonight, in this holy moment, let us ask ourselves if we will open ourselves to God. Will we spread the light of Christ to brighten the darkness wherever we find it? I hope so, because together we can create a place of care in our own hometown—where love is—if we each allow hope, peace, joy and love be central in our lives. Then we, too, can be beacons that lead the way to God.

Amen

(This homily uses as resources Worship Design Studio and *On the Way to Bethlehem: An Advent Study* by Rev. Rob Fuquay. Used by permission of subscription)

El establo: un lugar de cuidado
24 de diciembre de 2024
Homilía de Nochebuena

Isaías 9: 2-7
Lucas 2: 1-20
Rev. Anne Schlesinger

Aquellos de ustedes que han estado adorando aquí el mes pasado saben que hemos estado en un "viaje guiado" que nos ha llevado más de mil millas en nuestro camino hacia el pesebre y esta noche de celebración. Pueden ver el letrero y los marcadores a lo largo del camino.

En Roma, César Augusto emitió un decreto para un censo que envió a las personas a regresar a sus pueblos ancestrales. El primer domingo de Adviento, reconocimos que muchas cosas están fuera de nuestro control inmediato. Nos preguntamos si estamos poniendo toda nuestra esperanza en los imperios del mundo o en las formas en que podemos ser la presencia de Dios en nuestras comunidades, mejorando la vida de una persona a la vez. Contemplamos lo que anhelamos en este mundo. ¿Qué esperamos?

El segundo domingo de Adviento, la siguiente parada de nuestro viaje fue Jerusalén, la Ciudad de la Paz. El templo de Jerusalén es el lugar donde Zacarías se enteró de que él e Isabel iban a ser bendecidos por un bebé llamado Juan, que crecería hasta ser Nazareo y anunciaría la llegada de Dios, encendiendo la fe devota entre la gente. Jerusalén se convirtió así en un lugar de espera. La gente del Medio Oriente necesita desesperadamente la paz, todavía hoy, tal como la gente la necesitaba en los días de Jesús. En verdad, todos necesitamos paz en nuestras comunidades y familias, así como paz interior. Eso, mis amigos, a veces puede ser difícil de encontrar. Pero esperamos la paz. La espera en sí misma puede ser algo bueno si podemos tomarnos el tiempo para detenernos y escuchar lo que nuestros corazones realmente quieren y necesitan. Cuando lo hacemos, podemos encontrar paz incluso en la espera.

El tercer domingo de Adviento, nos trasladamos al norte a Nazaret, donde el ángel Gabriel se apareció para decirle a María: "Has hallado gracia ante Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y lo llamarás Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su antepasado. Reinará sobre la casa de Jacob por siempre, y su reino no tendrá fin". El mensaje de Nazaret es que las cosas buenas pueden venir de los lugares más simples. La vida puede ser complicada, y a veces la complicamos aún más al preocuparnos por cosas que al final podrían no importar tanto. Nos preguntamos: "¿Qué alegría podemos obtener de los momentos más simples, de los regalos más simples, permitiéndonos saborear la vida, que siempre está preñada de las posibilidades de Dios?".

El domingo pasado llegamos a Belén, donde José iba a ser registrado. Escuchamos: "Mientras estaban allí, se le cumplió a María el tiempo de dar a luz. Y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar en la habitación de invitados". En Belén nos enfocamos en el don del amor. El amor en la historia del nacimiento de Jesús es un amor humilde por personas humildes y viviendas humildes. El mensaje de Belén es que, por humildes que sean nuestras circunstancias, el amor es nuestro derecho de nacimiento y nuestro mayor don.

Esta noche, nuestro viaje continúa. Mientras aún estamos en Belén, buscamos un lugar en nuestro interior, fuera del frío, donde escuchamos los sonidos del parto de una madre, el aliento de un padre y, finalmente, el llanto de un bebé. Entramos en un lugar

desordenado y modesto, donde la promesa de esperanza, paz, alegría y amor se combinan en un bebé bien envuelto. Como todo bebé, este niño extraordinario necesitaba que se le hiciera todo lo posible. Jesús llegó como un niño pequeño que necesitaba cuidados y, a medida que maduraba, nos enseñó a todos a cuidar de los demás y de la creación. Esta noche, en este momento sagrado, preguntémonos si nos abriremos a Dios. ¿Difundiremos la luz de Cristo para iluminar la oscuridad dondequiera que la encontremos? Espero que sí, porque juntos podemos crear un lugar de cuidados en nuestra propia ciudad natal, donde hay amor, si cada uno de nosotros permite que la esperanza, la paz, la alegría y el amor sean el centro de nuestras vidas. Entonces, también nosotros podemos ser faros que guíen el camino hacia Dios.

Amén

(Esta homilía utiliza como recursos Worship Design Studio y On the Way to Bethlehem: An Advent Study del Rev. Rob Fuquay. Utilizado con permiso de suscripción)